CRISTÓBAL COLÓN

AMÉRICO VESPUCIO

El Nuevo Mundo

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CRISTÓBAL COLÓN

AMÉRICO VESPUCIO

El Nuevo Mundo

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CRISTÓBAL COLÓN

AMÉRICO VESPUCIO

El Nuevo Mundo

Presentación

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

2012

Tabla de Contenidos

PRESENTACIÓN

CARTA DE CRISTÓBAL COLÓN A LUIS DE SANTÁNGEL

CARTA DE AMÉRICO VESPUCIO A LORENZO DE MÉDICIS

CRONOLOGÍA DE CRISTÓBAL COLÓN

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

CRONOLOGÍA DE AMÉRICO VESPUCIO

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

INFORMACIÓN SOBRE LA PUBLICACIÓN

AVISO LEGAL

DATOS DE LA COLECCIÓN

PRESENTACIÓN

Este fascículo contiene dos testimonios fundamentales para el conocimiento del Nuevo Mundo. El primero es la carta de Cristóbal Colón a Luis de Santángel, su protector y amigo, del 15 de febrero de 1493, cuando luego de descubrir varias islas antillanas regresaba a Europa. Colón, nacido en Génova en 1450 y fallecido en Valladolid en 1506, comunica a Santángel su descubrimiento, le anuncia el hallazgo de "muy muchas islas pobladas con gente sin número […] andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren […] gente bien dispuesta y de hermosa estatura […] gente de muy lindo acatamiento"; y añade, maravillado de la naturaleza de las islas, un pasaje extraordinariamente hermoso que revela la fina sensibilidad del descubridor, su admirable visión del mundo, su inteligente percepción que le hizo descubrir en regiones ignotas un deslumbrante mundo nuevo:

las tierras dellas son altas […] todas hermosísimas, de mil hechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras […] y parescen que el nuevo mundo llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja […] que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Dellos están floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según en su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos, de mil maneras, en el mes de noviembre por allí donde yo andaba.

Cristóbal Colón, navegante y excelente cosmógrafo, había explorado varias tierras de África, del Mediterráneo y del Atlántico y había mantenido relaciones con navegantes portugueses, españoles y de otros pueblos. Su experiencia en el mar, sus lecturas y estudios le habían llevado al convencimiento de la redondez de la Tierra y a la

idea de que navegando hacia el poniente existían tierras hasta entonces no visitadas.

Valiente, firme en sus ideas y saber, obtuvo tras mil dificultades el apoyo de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, y en aquella pequeña flota de tres embarcaciones arribó a las islas del mar Océano, a Guanahaní, que él denominó San Salvador.

Realizó cuatro viajes a través del océano, visitó varias islas, tocó tierra firme, abriendo al mundo europeo nuevos horizontes en donde el nuevo mundo de extender su saber y también su poder. Envidias y mala fe le privaron de la gloria que merecía.

El segundo testimonio lo constituye la carta que el cosmógrafo, cartógrafo y marino Américo Vespucio, nacido en Florencia el 9 de marzo de 1451, un año más tarde que Cristóbal Colón, escribió al "magnífico señor" Lorenzo de Médicis, magnate florentino, dándole cuenta de su "viaje y de las cosas más maravillosas que se me han ofrecido" en su navegación a través del mar Océano iniciada el 18 de mayo de 1499.

Esta carta, firmada el 8 de julio de 1500, es la primera de cinco que dirigió a diversas personalidades, en las cuales narra la sucesión de viajes que lo llevaron a visitar las Antillas y vastas porciones del Nuevo Mundo.

Las noticias aportadas tuvieron tal repercusión en las naciones y en los medios cultos, que fueron bien pronto impresas y dadas a conocer a toda la sociedad europea.

La misiva de Colón fue impresa en 1493 en Barcelona, las de Vespucio lo fueron a partir de 1504. Una de esas impresiones la incorporó el célebre cartógrafo Martin Waldseemüller junto con un mapa elaborado a partir de la información en las cartas; en ese mapa Waldseemüller colocó en el lugar de las tierras descritas por Vespucio el nombre de América; esos mapas fueron impresos en 1504 por los canónigos de Saint-Dié en Lorena y gracias a ellos el nuevo continente se denominó América.

Las cartas de Vespucio, que son la fe de bautismo del Nuevo Mundo, dieron, por la amplitud de conocimientos del navegante florentino y por sus vastos recorridos, una mejor idea de las tierras que revolucionaron el conocimiento cartográfico que el Viejo Mundo había configurado hasta esos años.

Vespucio fue hombre de vasta cultura, formada a base de lecturas selectas, de su contacto con los centros del poder, de su actividad en el comercio, de su alta curiosidad científica.

Igual que Colón, Américo se deslumbra con la naturaleza abrumadora de las tierras y de sus hombres, pero advierte los grandes beneficios políticos y económicos que sus descubrimientos aportarán a Europa, a las potencias que pronto rivalizarán por extender hacia ellas su dominio y su poder.

Como resultado de sus hallazgos se le nombró piloto mayor de la Casa de la Contratación en Sevilla, ciudad en la que murió, con mayor fortuna que Colón, el 22 de febrero de 1512.

Ernesto de la Torre Villar

Perfil parcial de la costa norte de la isla Española atribuido a Cristóbal

Colón, trazado en su primer viaje (1493).

Archivo del Palacio de Liria, Madrid.

CARTA DE CRISTÓBAL COLÓN

A LUIS DE SANTÁNGEL

Señor:

Porque sé que habréis placer de la grande victoria que nuestro Señor me ha dado en mi viaje vos escribo ésta, por la cual sabréis cómo en 33 días pasé las Indias con la armada que los ilustrísimos Rey y Reina, nuestros Señores, me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número, y dellas todas he tomado posesión por sus Altezas con pregón y bandera Real extendida, y no me fue contradicho. A la primera que yo hallé puse nombre San Salvador, a conmemoración de su alta Majestad, el cual maravillosamente todo esto ha dado; los indios la llaman la Guanahaní. A la segunda puse nombre la isla de Santa María de Concepción, a la tercera Fernandina, a la cuarta la Isabel, a la quinta isla Juana, e así a cada una nombre nuevo. Cuando yo llegué a la Juana, seguí la costa della a poniente, y la hallé tan grande que pensé que sería tierra firme de la provincia de Catayo; y como no hallé así villas y lugares en la costa de la mar, salvo pequeñas poblaciones, con la gente de las cuales non podía haber habla, porque luego huían todos, andaba yo adelante por el dicho camino, pensando de non errar grandes ciudades e villas; y al cabo de muchas leguas, visto que non había innovación y que la costa me llevaba al setentrión, de adonde mi voluntad era contraria, porque el invierno era ya encarnado yo tenía propósito de hacer del el austro, y también el viento medio adelante, determiné de no aguardar otro tiempo, y volví atrás hasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra para saber si había Rey o grandes ciudades. Anduvieron tres jornadas, y hallaron infinitas poblaciones pequeñas y gentes sin número, mas non cosa de regimiento, por lo cual se volvieron.

Yo entendía harto de otros indios que ya tenía tomados, cómo continuamente esta tierra era isla, e así seguí la costa della al oriente ciento y siete leguas, hasta donde hacia fin; del cual cabo había otra isla al oriente, distante deste diez e ocho leguas, a la cual puse luego el nombre de Española, y fui allí, y seguí la parte del setentrión, así como de la Juana, al oriente ciento e setenta y ocho grandes leguas por vía recta del oriente, así como de la Juana, la cual y todas las otras son fertilísimas en demasiado grado, y ésta en extremo: en ella hay muchos puertos en la costa de la mar sin comparación de otros que yo sepa en cristianos, y hartos ríos y buenos y grandes ques maravilla; las tierras dellas son altas, y en ellas muy muchas sierras y montañas altísimas, sin comparación de la isla de Teneryfe; todas hermosísimas, de mil hechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras, y altas, y parescen que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la hoja, según lo que puedo comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España. Dellos están floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según en su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaricos, de mil maneras, en el mes de noviembre por allí donde yo andaba.

Hay palmas de seis y de ocho maneras, ques admiración verlas por la diformidad hermosa dellas, mas así como los otros árboles e frutos e yerbas; en ella hay pinares a maravilla, e hay campiñas grandísimas e hay miel, e de muchas maneras de aves y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales e hay gente en estimable número. La Española es maravilla: las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras, tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares.

Los puertos de la mar, aquí non habría creencia sin vista, y de los ríos, muchos grandes y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutas y yerbas hay grandes diferencias de aquéllos de la Juana; en ésta hay muchas especierías, y grandes

minas de oro y de otros metales.

La gente desta isla y de todas las otras que he hallado y he habido noticia, andan todos desnudos, hombres y mujeres, así como sus madres los paren, aunque algunas mujeres se cubrían un solo lugar con una hoja de yerba o una cosa de algodón que para ello hacen ellos. Non tienen fierro ni acero, ni armas, ni son para ello: non porque non sea gente bien dispuesta y de hermosa estatura, salvo que son muy temerosos a maravilla.

Non tienen otras armas salvo las armas de las cañas cuando están con la simiente, a la cual ponen al cabo un palillo agudo, y no osan usar de aquéllas que muchas veces me acaeció enviar a tierra dos o tres hombres a alguna villa para haber habla, y salir a ellos dellos sin número, y después que los veían llegar huían a non aguardar padre a hijo; y esto non porque a ninguno se haya hecho mal, antes a todo cabo adonde yo haya estado y podido haber habla les he dado de todo lo que tenía, así paño como otras cosas muchas sin recibir por ello cosa alguna; mas son así temerosos sin remedio. Verdad es que después que se aseguran y pierden este miedo ellos son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo viese. Ellos, de cosa que tengan, pidiéndosela jamás dicen que no; antes convidan a la persona con ello, y muestran tanto amor, que darían los corazones, y quier sea cosa de valor, quier sea de poco precio, luego, por cualquiera cosa, de cualquier manera que sea se les dé, por ello son contentos.

Yo defendí que non se les diesen cosas tan viles como pedazos de escudillas rotas e pedazos de vidrio roto y cabos de agujetas, aunque cuando ellos esto podían llegar les parescía haber la mejor joya del mundo: que se acertó haber un marinero por una agujeta de oro, peso de dos castellanos y medio, y otros de otras cosas, que muy menos valían, mucho más. Ya por blancas nuevas daban por ellas todo cuanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro, o una arroba o dos de algodón hilado. Hasta los pedazos de los

arcos rotos de las pipas tomaban, y daban lo que tenían como bestias; así, que me pareció mal e yo lo defendí. Y daba yo graciosas mil cosas buenas que yo llevaba por que tomen amor, y allende desto se harán cristianos, que se inclinan al amor y servicio de sus Altezas y de toda la nación castellana, e procuran de ayudar e nos dar de las cosas que tienen en abundancia que nos son necesarias. Y non conocían ninguna secta ni idolatría, salvo que todos creen que las fuerzas y el bien es en el cielo; y creían muy firme que yo con estos navíos y gente venía del cielo, y en tal acatamiento me recibían en todo cabo después de haber perdido el miedo. Y esto non procede porque sean ignorantes, salvo de muy sotil ingenio, e hombres que navegan todas aquellas mares, ques maravilla la buena cuenta quellos dan de todo, salvo porque nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos.

Y luego que llegué a las Indias, en la primera isla que hallé tomé por fuerza algunos dellos para que desprendiesen y me diesen noticia de lo que había en aquellas partes, e así fue: que luego entendieron y nos a ellos, cuando por lenguas o señas, y éstos han aprovechado mucho; hoy en día los traigo que siempre están de propósito que vengo del cielo, por mucha conversación que hayan habido conmigo. Y éstos eran los primeros a pronunciarlo adonde yo llegaba, y los otros andaban corriendo de casa en casa, y a las villas cercanas, con voces altas: “Venid a ver la gente del cielo”. E así, todos, hombres como mujeres, después de haber el corazón seguro de nos, venieron que non quedaba grande ni pequeño, que todos traían algo de comer y de beber, que daban con un amor maravilloso.

Ellos tienen en todas las islas muy muchas canoas, de manera de fustas de remo; dellas mayores, dellas menores, y algunas y muchas son mayores que una fusta de diez y ocho bancos; non son tan anchas, porque son de un solo madero; mas una fusta no terná con ellas al remo, porque van que no es cosa de creer, y con éstas navegan todas aquellas islas, que son innumerables, y traen sus mercaderías. Algunas destas canoas he visto con setenta y ochenta hombres en ella y cada uno con su remo. En todas estas islas non

vide mucha diversidad de la hechura de la gente ni en las costumbres ni en la lengua, salvo que todos entienden, que es cosa muy singular; para lo que espero que determinarán sus Altezas para la conversión dellas a nuestra Santa Fe, a la cual son muy dispuestos.

Ya dije cómo yo había andado ciento siete leguas por la costa de la mar, por la derecha línea de Occidente a Oriente, por la isla Juana; según el cual camino puedo decir que esta isla es mayor que Inglaterra y Escocia juntas, porque allende destas ciento siete leguas me quedan de la parte de Poniente dos provincias que yo no he andado, la una de las cuales llaman Cibau, adonde nace la gente con cola, las cuales provincias non pueden tener en longura menos de cincuenta o sesenta leguas, según puedo entender destos indios que yo tengo, los cuales saben todas las islas.

Esta otra Española, en cerco tiene más que la España toda desde Coliure, por costa de mar, hasta Fuente Rabia, en Vizcaya, pues en una cuadra anduve ciento ochenta y ocho grandes leguas por recta línea de Occidente a Oriente. Ésta es para desear, e vista es para nunca dejar, en la cual, el nuevo mundo puesto que de todas tenga tomada posesión por sus Altezas, y todas sean más abastadas de lo que yo sé y puedo decir, y todas las tengo por de sus Altezas, cual de ellas pueden disponer como y tan cumplidamente como de los Reinos de Castilla, en esta Española, en lugar más convenible y mejor comarca para las minas de oro y de todo trato, así de la tierra firme de acá como de aquélla de allá del Gran Can, adonde habrá gran trato e ganancia, he tomado posesión de una villa grande, a la cual puse nombre de Villa de Navidad, y en ella he hecho fuerza y fortaleza, que ya a estas horas estará del todo acabada, y he dejado en ella gente que basta para semejante hecho, con armas y artillerías e vituallas para más de un año, y fusta y maestro de la mar en todas artes para hacer, y grande amistad con el Rey de aquella tierra, en tanto grado que se presciaba de me llamar y tener por hermano; e aunque le mudasen la voluntad a ofender, esta gente e ni los suyos non saben qué son armas, y andan desnudos como ya he dicho, e son los más temerosos que hay en el mundo.

Así que solamente la gente que allá quedó es para destroir toda aquella tierra, y es isla sin peligro de sus personas sabiéndose regir. En todas estas islas me paresce que todos los hombres son contentos con una mujer, y a su mayoral o Rey dan hasta veinte.

Las mujeres me paresce que trabajan más que los hombres, ni he podido entender si tienen bienes propios, que me paresció ver que aquello que uno tenía todos hacían parte, en especial de las cosas comederas.

En estas islas, hasta aquí no he hallado hombres monstruosos, como muchos pensaban; más antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos correndios, y no se crían adonde hay ímpetu demasiado de los rayos solares: es verad quel sol tiene allí gran fuerza, puesto ques distante de la línea equinoccial veinte e seis grados; en estas islas, adonde hay montañas grandes, ahí tenía fuerza el frío este invierno; mas ellos lo sufren por la costumbre e con la ayuda de las viandas, comen con especias muchas y muy calientes en demasía; ansí, que monstruos non he hallado ni noticia, salvo de una isla ques aquí en la segunda cala, entrada de las Indias, ques poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, los cuales comen carne viva. Éstos tienen muchas canoas, con las cuales corren todas las islas de India y roban y toman cuanto pueden.

Ellos non son más disformes que los otros, salvo que tienen costumbre de traer los cabellos largos como mujeres, y usan arcos y flechas de las mismas armas de cañas, con un palillo al cabo por defecto de fierro que non tienen. Son feroces entre estos otros pueblos, que son en demasiado grado cobardes; mas yo no los tengo en nada más que a los otros. Éstos son aquellos que tratan con las mujeres de Matinino, ques la primera isla partiendo de España para las Indias que se halla, en la cual non hay hombre ninguno. Ellas

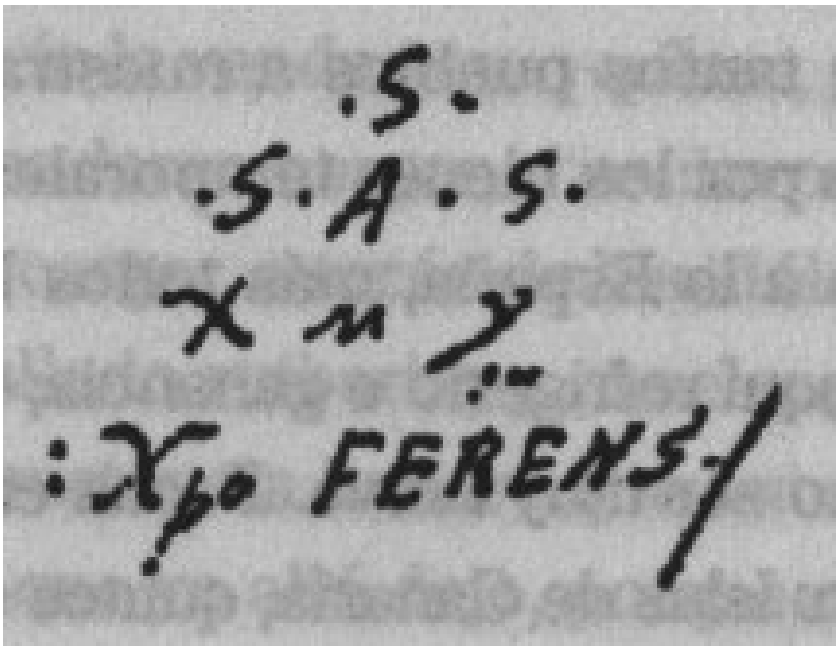
non usan ejercicio femenil, salvo arcos y flechas como los sobredichos de cañas, y se arman y cobijan con planchas de cobre de que tienen mucho.

Otra isla me aseguran mayor que la Española, en que las personas non tienen ningún cabello. En ésta hay oro sin cuento, y destas y de otras traigo conmigo indios para testimonio.

En conclusión, a hablar desto solamente que se ha hecho, este viaje, que fue así de corrida, pueden ver sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubiere menester con muy poquita ayuda que sus Altezas me darán; agora especiería y algodón cuanto sus Altezas mandaren, y almáciga cuanta mandaren cargar, e de la cual hasta hoy no se ha fallado, salvo en Grecia y en la isla de Xio, y el Señorío la vende como quiere, y lignáloe cuanto mandaren cargar, y esclavos cuantos mandaren cargar, e serán de los idólatras; y creo haber hallado ruibarbo y canela, y otras mil cosas de sustancia hallaré que habrán hallado la gente que yo allá dejo, porque non me he detenido ningún cabo en cuanto el viento me haya dado lugar de navegar; solamente en la Villa de Navidad, en cuanto dejé asegurado e bien asentado. E, a la verdad, mucho más hiciera si los navíos me sirvieran como razón demandaba. Esto es cierto, y eterno Dios nuestro Señor, el cual da a todos aquellos que andan su camino victorias de cosas que parescen imposibles, y ésta señaladamente fue la una, porque aunque destas tierras hayan hablado otros, todo va por conjeturas, sin alegar de vista; salvo comprendiendo tanto que los oyentes, los más, escuchaban y juzgaban más por habla que por otra cosa dello. Así que, pues nuestro Redentor dio esta victoria a nuestros ilustrísimos Rey y Reina e a sus Reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas, dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán ayuntándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe, y después por los bienes temporales que non solamente a la España, más todos los cristianos ternán aquí refrigerio e ganancia; esto segundo ha hecho ser muy breve. Fecha en la carabela, sobre las Islas de Canaria, quince de febrero de noventa y tres.

[Ánima que venía dentro en la carta]

Después desta escrita, estando en mar de Castilla, salió tanto viento conmigo Sur y Sureste, que me ha hecho descargar los navíos por correr aquí en este puerto de Lisboa hoy, que fue la mayor maravilla del mundo, adonde acordé de escribir a sus Altezas. En todas las Indias he siempre hallado los tiempos como en mayo, adonde yo fui en treinta y tres días, e volví en veinte y ocho, salvo que estas tormentas me han detenido trece corriendo por este mar. Dicen acá todos los hombres de la mar que jamás hubo tan mal invierno ni tantas pérdidas de navíos. Fecha a los cuatro de marzo.



CARTA DE AMÉRICO VESPUCIO

A LORENZO DE MÉDICIS

Magnífico Señor, mi señor:

Hace mucho tiempo que no he escrito a Vuestra Magnificencia, y no ha sido por otra cosa, ni por nada, salvo no haberme ocurrido cosa digna de memoria. Y la presente sirve para daros nueva cómo, hace un mes aproximadamente, que vine de las regiones de la India por la vía del mar Océano, a salvo con la gracia de Dios a esta ciudad de Sevilla, y porque creo que Vuestra Magnificencia tendrá gusto de conocer todo lo sucedido en el viaje y de las cosas más maravillosas que se me han ofrecido. Y si soy algún tanto prolijo, póngase a leerla cuando esté más desocupado, o como postre después de levantada la mesa. V.M. sabrá cómo, por comisión de la Alteza de estos Reyes de España, partí con dos carabelas a 18 de mayo de 1499, para ir a descubrir hacia la parte del noroeste o sea por la vía del mar Océano; y tomé mi camino a lo largo de la costa de África, tanto que navegué a las Islas Afortunadas, que hoy se llaman las Islas de Canarias, y después de haberme abastecido de todas las cosas necesarias, hechas nuestras oraciones y plegarias, nos hicimos a la vela desde una isla que se llama la Gomera, y dirigimos la proa hacia el lebeche, y navegamos 24 días con viento fresco, sin ver tierra ninguna, y al cabo de 24 días avistamos tierra, y encontramos haber navegado al pie de 1 300 leguas desde la ciudad de Cádiz, por el rumbo del lebeche. Avistada la tierra, dimos gracias a Dios, y echamos al agua los botes, y con 16 hombres fuimos a tierra, y la encontramos tan llena de árboles, que era cosa maravillosa no sólo su tamaño, sino su verdor, porque nunca pierden las hojas, y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos, daban tanto deleite al olfato, que nos producía gran placer. Y andando con los botes a lo largo de la tierra para ver si encontrábamos disposición

para salir a tierra, y como era tierra baja, trabajamos todo el día hasta la noche, y en ninguna ocasión encontramos camino, ni facilidad para entrar tierra adentro, porque no solamente lo impedía la tierra baja, sino la espesura de los árboles; de modo que convinimos en volver a los navíos e ir a probar la tierra en otra parte, y vimos en este mar una cosa maravillosa, y fue que 15 leguas antes de que llegásemos a tierra encontramos el agua dulce como de río, y sacamos de ella y llenamos todos los barriles vacíos que teníamos. Cuando estuvimos en los navíos, levamos anclas, y nos hicimos a la vela, poniendo proa hacia el mediodía; porque mi intención era ver si podía dar vuelta a un cabo de tierra, que Tolomeo llama el cabo Cattegara, que está unido con el Gran Golfo, ya que, mi opinión, no estaba muy lejos de ello según los grados de longitud y latitud, como se dará cuenta más abajo. Navegamos hacia el mediodía y a lo largo de la costa vimos desembocar de la tierra dos grandísimos ríos, y uno venía del poniente y corría hacia levante y tenía cuatro leguas de anchura, que son 16 millas, y el otro corría de mediodía hacia septentrión siendo de tres leguas de ancho; y yo creo que estos dos ríos eran la causa de ser dulce el mar, debido a su grandeza. Y visto que la costa de la tierra resultaba ser aún tierra baja, acordamos entrar en uno de estos ríos con los botes y navegar por él hasta encontrar u ocasión de saltar a tierra o población de gente; y preparados nuestros botes y aprovisionados para cuatro días con 20 hombres bien armados nos metimos por el río, y a fuerza de remos navegamos por él, en casi dos días, obra de 18 leguas, tentando la tierra en muchas partes, y continuamente la encontramos que seguía siendo tierra baja y tan espesa de árboles que apenas un pájaro podía volar por ella; y así navegando por el río, vimos señales ciertísimas de que el interior de la tierra estaba habitado: y porque las carabelas habían quedado en lugar peligroso, cuando el viento saltase de travesía, acordamos al cabo de dos días volvernos a las carabelas, y así lo hicimos. Lo que aquí vi fue, que vimos una feísima especie de pájaros de distintas formas y colores, y tantos papagayos, y de tan diversas clases, que era maravilla; algunos colorados como grana, otros verdes y colorados, y amarillos limón, y otros totalmente verdes, y otros negros y encarnados, y el canto de los otros pájaros que estaban en los árboles, era cosa tan suave y de tanta melodía que nos ocurrió muchas veces quedarnos suspensos por su dulzura. Sus árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensamos estar en el

Paraíso terrenal, y ninguno de aquellos árboles, ni sus frutas se parecían a los mismos de esta parte, y por el río vimos a mucha gente pescar y de diversos aspectos. Y una vez que hubimos llegado a los navíos, levamos anclas haciéndonos a la vela, teniendo continuamente la proa hacia el mediodía; y navegando en este rumbo, y estando lejos en el mar al pie de cuarenta leguas, encontramos una corriente marina, que corría del siroco al maestral, que era tan grande y corría con tanta furia, que nos causó gran pavor, y corrimos grandísimo peligro. La corriente era tal, que la del estrecho de Gibraltar y la del faro de Mesina son un estanque en comparación de aquélla, de manera que, como nos tomaba de proa, no podíamos adelantar camino alguno, aunque tuviéramos viento fresco, de modo que, visto el poco camino que hacíamos y el peligro en que estábamos, acordamos volver la proa hacia el maestral y navegar hacia la parte del septentrión. Y porque, si bien me recuerdo, sé que Vuestra Magnificencia entiende bastante de cosmografía, pienso describiros hasta dónde fuimos en nuestra navegación en longitud y latitud: digo que navegamos tanto hacia la parte del mediodía que entramos en la zona tórrida y dentro del círculo de Cáncer: y habéis de tener por cierto que en pocos días, navegando por la zona tórrida hemos visto las cuatro sombras del Sol, por cuanto el Sol se hallaba en el cenit a mediodía, digo que estando el Sol en nuestro meridiano, no teníamos sombra ninguna, que todo esto sucedió muchas veces mostrarlo a toda la tripulación y tomarla por testigo a causa de la gente ignorante, que no sabe que la esfera del Sol va por su círculo del zodíaco; que una vez veía la sombra al mediodía, y otra al septentrión, y otra al occidente, y otra al oriente, y alguna vez, una hora o dos del día, no teníamos sombra alguna. Y tanto navegamos por la zona tórrida hacia la parte del austro, que nos encontramos bajo la línea equinoccial, y teniendo un polo y el otro a final de nuestro horizonte, y la pasamos por seis grados perdiendo totalmente la estrella tramontana; que apenas se nos mostraban las estrellas de la Osa Menor, o por mejor decir, las guardias que giran alrededor del firmamento: y deseoso de ser yo el autor que señalara la estrella del firmamento del otro polo, perdí muchas veces el sueño de noche en contemplar el movimiento de las estrellas del otro polo, para señalar cuantas de ellas tuviesen menor órbita y se hallasen más cerca del firmamento, y no pude con tantas malas noches que pasé, y con cuantos instrumentos usé, que fueron el cuadrante y el astrolabio. No advertí estrella que tuviese

menos de diez grados de movimiento sobre su órbita, de modo que no quedé satisfecho conmigo mismo de nombrar ninguna que señalase el polo sur a causa del gran círculo que hacían alrededor del firmamento: y mientras que en esto andaba, me acordé de un dicho de nuestro poeta Dante, del cual hace mención en el primer capítulo del Purgatorio, cuando finge salir de este hemisferio, y encontrarse en el otro, y queriendo describir el polo antártico dice:

Y a la derecha vuelto, alcé la mente

al otro polo, y vide cuatro estrellas

que sólo vio la primitiva gente.

¡Qué alegre el cielo de sus chispas bellas!

¡Oh viudo Septentrión que estás privado

eternamente de la vista de ellas!

Que según a mí me parece, que el poeta en estos versos quiere describir por las cuatro estrellas el polo del otro firmamento, y no dudo hasta ahora que aquello que dice no sea verdad: porque yo observé cuatro estrellas formando como una almendra, que tenían poco movimiento, y si Dios me da vida y salud, espero volver pronto a aquel hemisferio, y no regresar sin señalar el polo. Digo en conclusión que navegamos tanto hacia la parte del mediodía que nos alejamos por el rumbo de la latitud de la ciudad de Cádiz 60 grados y medio, porque sobre la ciudad de Cádiz alza el polo 35 grados y medio, nosotros nos encontramos que habíamos pasado de la línea equinoccial seis grados: esto baste en cuanto a la latitud. Habéis de advertir que esta navegación fue en los meses de julio, agosto y septiembre, que como sabéis el Sol reina más continuamente en este nuestro hemisferio y recorre un arco mayor durante el día, y menor el de la noche: y mientras nos hallábamos en la línea equinoccial, o aproximadamente a cuatro o seis grados de ella, que fue durante los meses de julio y agosto, la diferencia del

día sobre la noche no se notaba, y casi el día era igual a la noche, y era muy poca la diferencia.

En cuanto a la longitud digo que para conocerla encontré tanta dificultad que tuve grandísimo trabajo en hallar con seguridad el camino que había recorrido siguiendo la línea de la longitud, y tanto trabajé que al fin no encontré mejor cosa que observar y ver de noche la posición de un planeta con otro, y el movimiento de la Luna con los otros planetas porque el planeta de la Luna es más rápido en su curso que ningún otro, y lo comprobaba con el Almanaque de Giovanni da Monteregio, que fue compuesto según el meridiano de la ciudad de Ferrara, concordándolo con los cálculos de las Tablas del Rey Don Alfonso: y después de muchas noches que estuve en observación, una noche entre otras, estando a 23 de agosto de 1499, en que hubo conjunción de la Luna con Marte, la cual según el Almanaque debía producirse a medianoche o media hora antes: hallé que al salir la Luna en nuestro horizonte, que fue una hora y media después de puesto el Sol, el planeta había pasado a la parte de oriente, digo, que la Luna se hallaba más oriental que Marte cerca de un grado y algún minuto más, y a la medianoche se hallaba más al oriente 15 grados y medio, poco más o menos, de modo que hecha la proporción, si 24 horas me valen 360 grados, ¿qué me valdrán cinco horas y media?, encuentro que me valen 82 grados y medio, y tan distante me hallaba en longitud del meridiano de la ciudad de Cádiz, que asignando a cada grado 16 leguas, me encontraba 1 366 leguas y dos tercios más al occidente que la ciudad de Cádiz, que son 15 466 millas y dos tercios. La razón por la cual asigno a cada grado 16 leguas y dos tercios es porque según Tolomeo y Alfagrano, la tierra tiene una circunferencia de 24 000 [millas] que valen 6 000 leguas, que, repartiéndolas en 360 grados, corresponden a cada grado 16 leguas y dos tercios, y esta proporción la comprobé muchas veces con el punto de los pilotos, encontrándola verdadera y buena. Me parece, Magnífico Lorenzo, que la mayor parte de los filósofos queda reprobada con este viaje mío: pues dicen que dentro de la zona tórrida no se puede habitar a causa del gran calor; y yo he encontrado en este viaje mío ser lo contrario, porque el aire es más fresco y templado en esa región que fuera de ella y que hay tanta

gente que habita allí que por su número son mucho más que aquellos que viven fuera de ella, por el motivo que más adelante se dará; que cierto es que más vale la práctica que la teoría.

Hasta aquí he declarado cuánto navegué hacia el mediodía y hacia el occidente, ahora me resta deciros de la disposición de la tierra que encontramos, y de la naturaleza de los habitantes, y de su trato, y de los animales que vimos, y de muchas otras cosas que se me ocurren dignas de memoria. Digo que después que dirigimos nuestra navegación hacia el septentrión, la primera tierra que encontramos habitada fue una isla que distaba 10 grados de la línea equinoccial, y cuando estuvimos cerca de ella, vimos mucha gente en la orilla del mar que nos estaba mirando como cosa de maravilla, y surgimos junto a la tierra obra de una milla, y equipamos los botes, y fuimos a tierra 22 hombres bien armados; y la gente como nos vio saltar a tierra, y conoció que éramos gente diferente de su naturaleza, porque ellos no tienen barba alguna, ni visten ningún ropaje, así los hombres como las mujeres, que van como salieron del vientre de su madre, que no se cubren vergüenza ninguna, y así por la diferencia del color, porque ellos son de color como pardo o leonado y nosotros blanco, de modo que teniendo miedo de nosotros, todos se metieron en el bosque, y con gran trabajo por medio de signos les dimos seguridades y platicamos con ellos; y encontramos que eran de una raza que se dicen caníbales, y que casi la mayor parte de esta generación, o todos, viven de carne humana, y esto téngalo por cierto Vuestra Magnificencia. No se comen entre ellos, sino que navegan en ciertas embarcaciones que tienen, y que se llaman canoas, y van a traer presa de las islas o tierras comarcanas, de una generación enemiga de ellos y de otra generación que no es la suya. No comen mujer ninguna, salvo que las tengan como extrañas, y de esto tuvimos la certeza en muchas partes donde encontramos tal gente, porque nos sucedió muchas veces ver los huesos y cabezas de algunos que se habían comido, y ellos no lo niegan; y además lo afirmaban así sus enemigos, que están continuamente atemorizados por ellos. Son gente de gentil disposición y de buena estatura: van totalmente desnudos; sus armas son armas de saeta, y llevan éstas, y rodelas, y son gente esforzada y de mucho ánimo. Son grandísimos flecheros: en

conclusión tratamos con ellos y nos llevaron a una población suya, que se hallaba como dos leguas tierra adentro, y nos dieron de almorzar y cualquier cosa que les pedía, en seguida la daban, creo más por miedo que por buena voluntad: y después de haber estado con ellos un día entero, volvimos a los navíos quedando amigos con ellos. Navegamos a lo largo de la costa de esta isla y vimos otra gran población a la orilla del mar: fuimos a tierra con el batel y encontramos que nos estaban esperando, y todos cargados con alimentos: y nos dieron de almorzar muy bien de acuerdo con sus vituallas: y viendo tan buena gente, y tratarnos tan bien, no abusamos nada de lo de ellos, y nos hicimos a la vela y fuimos a meternos en un golfo, que se llamó el golfo de Parias, y fuimos a surgir frente a un grandísimo río, que es la causa de ser dulce el agua de este golfo; y vimos una gran población que se hallaba cerca del mar, donde había tanta gente que era maravilla, y todos estaban sin armas, y en son de paz; fuimos a tierra con los botes, y nos recibieron con gran amor, llevándonos a sus casas, donde tenían muy bien aparejadas cosas de comer. Aquí nos dieron de beber tres clases de vino, no de uvas sino hecho con frutas como la cerveza, y era muy bueno; aquí comimos muchos mirabolanos frescos, que es una regia fruta, y nos dieron muchas otras frutas, todas diferentes de las nuestras, y de muy buen sabor, y todas de sabor y olor aromáticos. Nos dieron algunas perlas pequeñas y once grandes, y por signos nos dieron a entender que si queríamos esperar algunos días, irían a pescarlas y nos traerían muchas de ellas; no nos preocupamos de llevarnos muchos papagayos de varios colores, y amistosamente nos separamos de ellos. De esta gente supimos cómo los de la isla antes nombrada eran caníbales, y cómo comían carne humana. Salimos de este golfo, y fuimos a lo largo de tierra, y siempre veíamos muchísima gente, y cuando teníamos oportunidad tratábamos con ellos, y nos daban de lo que tenían y todo lo que les pedíamos. Todos van desnudos como nacieron sin tener ninguna vergüenza, que si yo hubiese de contar cuán poca vergüenza tienen sería entrar en cosas deshonestas, y es mejor callar. Después de haber navegado al pie de 400 leguas continuamente por la costa, llegamos a la conclusión de que ésta era tierra firme, como yo digo, y los confines del Asia por la parte de oriente, y el principio por la parte de occidente; porque muchas veces nos sucedió observar diversos animales, como leones, ciervos, cabras, puercos salvajes, conejos y otros animales terrestres, que no se hallan en islas sino en

tierra firme. Caminado un día tierra adentro con veinte hombres, vimos una culebra o serpiente que tendría de largo obra de ocho brazas, y era gruesa como yo en la cintura: tuvimos un gran pavor de ella y por haberla visto volvimos al mar. Me sucedió muchas veces ver animales ferocísimos, y grandes serpientes. Y navegando por la costa, cada día descubríamos infinidad de gente, y distintas lenguas, hasta que después de haber navegado unas 400 leguas por la costa, empezamos a encontrar gente que no quería nuestra amistad, sino que nos estaban esperando con sus armas, que son arcos, y flechas, y con otras armas que tienen: y cuando íbamos a tierra con los botes nos impedían bajar a tierra, de modo que nos veíamos forzados a luchar con ellos, y al fin de la batalla quedaban mal librados frente a nosotros, pues como están desnudos siempre hacíamos en ellos grandísima matanza, sucediéndonos muchas veces luchar 16 de nosotros con 2 000 de ellos y al final desbaratarlos, y matar muchos de ellos; y robar sus casas y un día entre ellos vimos muchísima gente, todos puestos en armas para defenderse, e impedirnos bajar a tierra: nos armamos 26 hombres bien armados, y cubrimos los botes para evitar las flechas que nos tiraban; las que herían siempre a algunos de nosotros antes que pudiéramos saltar a tierra. Y después de defender la tierra cuanto pudieron, por fin saltamos a tierra y combatimos con ellos con grandísimo trabajo y la causa por la que tenían más ánimo y mayor esfuerzo contra nosotros era que no sabían qué arma era la espada ni cómo cortaba: y así combatiendo, fue tanta la multitud de gente que cargó contra nosotros, y tan grande el número de flechas que no podíamos resistir, y abandonando casi toda esperanza de vivir, volvimos las espaldas para saltar a los botes. Y así retirándonos y huyendo, un marinero de los nuestros que era portugués, hombre de 55 años de edad que había quedado al cuidado del batel, viendo el peligro en que nos hallábamos saltó del batel a tierra y a grandes voces nos dijo:

—Hijos, dad la cara a las armas enemigas, que Dios os dará la victoria.

Y se puso de hinojos e hizo oración; y luego hizo una gran

arremetida contra los indios, y todos a una nosotros con él así heridos como estábamos; de modo que nos volvieron la espalda y comenzaron a huir, y al fin los desbaratamos, y matamos a 150 de ellos quemándoles 180 casas: y porque estábamos mal heridos y cansados, volvimos a los navíos refugiándonos en un puerto donde estuvimos veinte días únicamente para que el médico nos curase, y nos salvamos todos menos uno que se hallaba herido en la tetilla izquierda. Y después de sanados volvimos a nuestra navegación y por esa misma costa nos sucedió muchas veces combatir con una infinidad de gente y siempre conseguimos victorias contra ellos. Y navegando así llegamos a una isla, que se halla distante de la tierra firme 15 leguas, y como al llegar no vimos gente y pareciéndonos la isla de buena disposición, acordamos ir a explorarla, y bajamos a tierra 11 hombres; y encontramos un camino y nos pusimos a andar por él dos leguas y media tierra adentro, y hallamos una población obra de 12 casas, en donde no encontramos más que siete mujeres de tan gran estatura que no había ninguna de ellas que no fue más alta que yo un palmo y medio; y como nos vieron, tuvieron gran miedo de nosotros, y la principal de ellas, que por cierto era una mujer discreta, con señas nos llevó a una casa y nos hizo dar algo para refrescar; y nosotros, viendo a mujeres tan grandes, convinimos en raptar dos de ellas, que eran jóvenes de 15 años, para hacer un regalo a estos Reyes, pues sin duda eran criaturas que excedían la estatura de los hombres comunes: y mientras estábamos en esto, llegaron 36 hombres y entraron en la casa donde nos encontrábamos bebiendo y eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie. En conclusión eran de estatura de gigantes, según el tamaño y proporción del cuerpo, que correspondía con su altura; que cada una de las mujeres parecía una Pentesilea, y los hombres Anteos; y al entrar, algunos de ellos tuvieron tanto miedo que aún hoy no se sienten seguros. Tenían arcos y flechas, y palos grandísimos en forma de espadas, y como nos vieron de estatura pequeña, comenzaron a hablar con nosotros para saber quiénes éramos, y de dónde veníamos, y nosotros manteniéndonos tranquilos en son de paz, contestábamos por señas que éramos gente de paz, y que íbamos a conocer el mundo; en conclusión, resolvimos separarnos de ellos sin querella, y nos fuimos por el mismo camino que habíamos venido, y nos acompañaron hasta el mar, y subimos a los navíos: casi la mayor parte de los árboles de esta isla son de brasil y tan buenos como

aquél de levante. Desde esta isla fuimos a otra isla vecina de aquélla a diez leguas, y encontramos una grandísima población que tenía sus casas construidas en el mar como Venecia, con mucho arte; y maravillados de tal cosa, acordamos ir a verlas, y al llegar a sus casas, quisieron impedir que entrásemos en ellas. Probaron cómo cortaban las espadas y se conformaron con dejarnos entrar, y encontramos que tenían colmadas las casas con finísimo algodón, y las vigas de sus casas eran también de brasil, y les quitamos mucho algodón y brasil, volviendo luego a nuestros navíos. Habéis de saber que en todas partes donde saltamos a tierra, encontramos siempre gran cantidad de algodón, y los campos llenos de plantas de él, tanto que en esos lugares se podrían cargar cuantas carabelas y navíos hay en el mundo, con algodón y brasil. Por último navegamos otras 300 leguas por la costa, encontrando continuamente gente bravía, e infinidad de veces combatimos con ellas y apresamos como a veinte de aquellos entre los cuales se distinguían siete lenguas, que no se entendían la una con la otra; se dice que en el mundo no hay más que 77 lenguas, y yo digo que son más de mil, porque sólo aquellas que yo he oído son más de cuarenta. Después de haber navegado por esta tierra setecientas leguas o más, sin contar infinitas islas que hemos visto, estando los navíos muy gastados y que hacían mucha agua que apenas podíamos achicarla con dos bombas, y la gente muy fatigada, y trabajada, y faltándonos las provisiones como nos hallábamos según el punto de los pilotos, cerca de una isla que se llama la Española, que es aquella que descubrió el almirante Colón hace seis años, a 120 leguas, resolvimos ir a ella, porque está habitada por cristianos, componer nuestros navíos y descansar la gente, y abastecernos de provisiones, porque desde esta isla hasta Castilla hay 1 300 leguas de golfo sin ninguna tierra; y en siete días estuvimos en ella, donde nos quedamos obra de dos meses, y reparamos los navíos y nos abastecimos; y resolvimos dirigirnos hacia el norte donde encontramos muchísima gente, y descubrimos más de mil islas, la mayor parte habitadas y siempre gente desnuda, y toda era gente muy miedosa y de poco valor, y hacíamos de ella lo que queríamos. Esta última parte que descubrimos fue muy peligrosa para nuestra navegación debido a los bajíos y mar bajo que encontramos en ella, que muchas veces corrimos el riesgo de naufragar. Navegamos por este mar 200 leguas, derecho al septentrión, y como ya la gente estaba cansada y fatigada por haber estado en el mar cerca de un

año, comiendo seis onzas de pan por día y bebiendo tres medidas pequeñas de agua, y hallándose los navíos en condiciones peligrosas para mantenerse en el mar reclamó la tripulación diciendo que querían volver a Castilla a sus casas y que no querían ya tentar el mar y la fortuna; por lo que acordamos apresar esclavos, cargar con ellos los navíos y tornarnos de vuelta a España; y fuimos a ciertas islas, y tomamos por la fuerza 232 almas, y las cargamos, y tomamos la vuelta de Castilla, y en 67 días atravesamos el golfo, y llegamos a las islas Azores, que son del Rey del Portugal y distan de Cádiz 300 leguas, y después de abastecernos, navegamos hacia Castilla, pero por sernos contrarios los vientos, por fuerza tuvimos que ir a las Islas Canarias, y de las Canarias a la Isla de Madera y de Madera a Cádiz, empleando en este viaje 13 meses corriendo inmensos peligros, y descubriendo muchísima tierra de Asia, gran número de islas, la mayor parte habitadas; que muchas veces hice cálculos con el compás, que hemos navegado al pie de 5 000 leguas. En conclusión, pasamos de la línea equinoccial seis grados y medio, y luego volvimos hacia la parte del septentrión; tanto que la estrella tramontana se elevaba 35 grados y medio sobre nuestro horizonte y hacia la parte de occidente navegamos 84 grados lejos del meridiano de la ciudad y puerto de Cádiz. Descubrimos infinita tierra, vimos infinitas gentes, y varias lenguas y todos desnudos. En la tierra vimos muchos animales salvajes y varias clases de pájaros, y de árboles muchísima copia y todos aromáticos: trajimos perlas y oro nativo en grano: trajimos dos piedras, una de color de esmeralda y la otra de amatista, durísimas, de una media cuarta de largo y gruesas como tres dedos. Estos Reyes las tienen en gran estima, y las han guardado entre sus joyas. Trajimos un gran trozo de cristal, que algunos joyeros afirman que es berilo, y según nos decían los indios, tenían gran copia de ello. Trajimos 14 perlas encarnadas, que contentaron mucho a la Reina, y muchas otras cosas de pedrería, que nos parecieron bellas; y de todas estas cosas no trajimos cantidades porque no parábamos en ningún lugar, sino navegando continuamente. Cuando llegamos a Cádiz, vendimos muchos esclavos, de los cuales teníamos 200 porque los restantes hasta 232 habían muerto en el golfo; y después de pagar los gastos de la navegación, nos quedaron obra de 500 ducados que repartimos en 55 partes siendo así poco lo que nos tocó a cada uno, con todo quedamos muy satisfechos con haber salvado la vida y dimos gracias a Dios porque durante el viaje, de 57 hombres

cristianos que éramos murieron únicamente dos que mataron los indios. Yo, desde que llegué, tengo dos cuartanas, pero tengo esperanza en Dios de poder sanar pronto porque me duran poco y sin calofríos. Omito muchas cosas dignas de memorias para no ser más prolijo de lo que soy y que reservo la pluma y la memoria. Aquí me arman tres navíos para que nuevamente vaya a descubrir, y creo que estarán listos a mediados de septiembre. Plazca a Nuestro Señor concederme salud y buen viaje que a la vuelta espero traer grandes nuevas y descubrir la Isla Taprobana, que se halla entre el mar Índico y el mar Gangético, y después es mi propósito repatriarme, y descansar los días de mi vejez.

Por la presente no me excederé en más razones, porque muchas cosas se dejan de escribir por no acordarse del todo y para no ser más prolijo de lo que he sido.

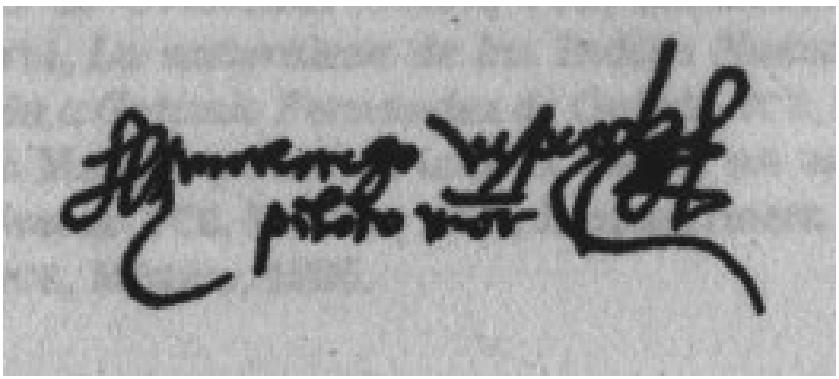
He resuelto, Magnífico Lorenzo, que así como os he dado cuenta por carta de lo que me ha ocurrido, enviaros dos figuras con la descripción del mundo hechas y preparadas con mis propias manos y saber. Y serán un mapa de figura plana y un mapamundi de cuerpo esférico, que pienso enviaros por la vía del mar por medio de un tal Francisco Lotti, florentino, que se encuentra aquí. Creo que os gustarán y especialmente el cuerpo esférico, que hace poco tiempo hice otro para la Alteza de estos Reyes y lo estiman mucho. Era mi propósito llevarlos personalmente, pero la nueva determinación de ir otra vez a descubrir no me da lugar, ni tiempo. No falta en esa ciudad quién entienda la figura del mundo y que quizá enmiende en ella alguna cosa; sin embargo, el que quisiera hacer alguna enmienda que espere mi llegada, porque pudiera suceder que me justifique.

Creo que V.M. habrá sabido las nuevas traídas por la flota que hace dos años envió el Rey de Portugal a descubrir por la parte de Ghinta. Un viaje como ése no lo llamo yo descubrir, sino ir por lo descubierto, porque, como veréis por la figura su navegación ha

sido continuamente a vista de tierra y han dado vuelta a toda la tierra de África por la parte austral, que es una ruta de la cual hablan todos los autores de cosmografía. Cierto es que dicha navegación ha sido de gran provecho, que es lo que se tiene en cuenta hoy y máxime en este reino donde existe la más desenfrenada codicia. Sé que han pasado del mar Rojo y que han llegado al golfo Pérsico a una ciudad que se llama Calicut, que está entre el golfo pérsico y el río Indo, y ahora el Rey de Portugal hizo aprestar nuevamente 12 naves con grandísima riqueza enviándolas hacia aquellas partes, y seguramente harán grandes cosas, siempre que lleguen a salvo.

Estamos a 18 días del mes de julio de 1500 y no hay otra cosa que mencionar. Nuestro Señor la vida y el magnífico Estado de vuestra señorial Magnificencia guarde y aumente como desea.

De V.M. servidor



CRONOLOGÍA DE CRISTÓBAL COLÓN

1451	Cristóbal Colón nace entre el 26 de agost
1476	Para este año ya había recorrido todas las
1479	Contrae matrimonio con Felipa Perestrell
1492	Después de una serie de negociaciones qu
1493	El 16 de enero realiza su viaje de regreso
1502	Inicia su cuarto y último viaje a América
1506	Muere el 20 de mayo en el Convento de S

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Hernando Colón, Vida del almirante don Cristóbal Colón, escrita por su hijo don Hernando, FCE, México, 1984; Luis Weckmann, Constantino el Grande y Cristóbal Colón: estudio de la supremacía papal sobre islas, 1091-1493, FCE, México, 1992; Samuel Eliot Morison, El almirante de la mar Océano: vida de Cristóbal Colón, FCE, México, 1993; Antonello Gerbi, La naturaleza de las Indias Nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo, FCE, México, 1993; Juan María Alponte, Cristóbal Colón: un ensayo histórico incómodo, FCE, México, 1994; Jacques Heers, Cristóbal Colón, FCE, México, 1996.

CRONOLOGÍA DE AMÉRICO VESPUCIO

1451	Américo Vespucio nace el 9 de marzo en
1492	Viaja a España enviado por los Médicis
1499	Se embarca en Cádiz en la flota de Alons
1500	En junio regresa a Cádiz
1501	Se traslada a Lisboa desde donde parte n
1504	Regresa a Sevilla
1508	Es nombrado piloto mayor por el rey Fer
1512	Muere el 22 de febrero en Sevilla, España

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Miguel Betanzos, Américo Vespucio: Hacia un mar de siete colores, Sudamericana, Buenos Aires, 2000; Américo Vespucio, El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos, Nova, Buenos Aires, 1951; Roberto Levillier, América la bien llamada, Kraft, Buenos Aires, 1948; Lucien Louis Joseph Gallois, Améric Vespuce et les géographes de Saint-Dié, Rici, Florencia, 1869; Frederik Julius Pohl, Amerigo Vespucci: piloto mayor, Hachette, Buenos Aires, 1944; Germán Arciniegas, Américo y el Nuevo Mundo, Hermes, México, 1955.

INFORMACIÓN SOBRE LA PUBLICACIÓN

AVISO LEGAL

Este texto fue publicado en la colección Pequeños Grandes Ensayos de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México en 2004 bajo el cuidado editorial de Ana Cecilia Lazcano, Mariana Alatriste y Juan Carlos Rodríguez.

Esta edición fue preparada con la colaboración de la Dirección General de Cómputo y de Tecnologías de Información y Comunicación de la UNAM. La formación fue realizada por Gloria Cienfuegos Suárez y Carolina Silva Bretón.

Primera edición electrónica: 2012

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos

ISBN de la colección: 970-32-0479-1

ISBN de la obra: 978-607-02-3688-4

Hecho en México

DATOS DE LA COLECCIÓN

PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

DIRECTOR

Hernán Lara Zavala

CONSEJO EDITORIAL

Elsa Botello López

Dulce María Granja Castro

Ana Cecilia Lazcano Ramírez

Juan Carlos Rodríguez Aguilar

Ernesto de la Torre Villar

Colin White Muller

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial